

LA PROMESA DE ÁNGELA!

La Promesa de Ángela!

Un Relato

H U M B E R T O B O C A N E G R A

Derechos de autor © 2026 Humberto Bocanegra
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin permiso.

humbertob76@yahoo.com

La Promesa de Ángela!



MI amistad con Esteban inició en el año 1905, cuando solamente teníamos 5 años de edad. Por ese entonces vivíamos en un ranchito, cerca de Ciudad Victoria. Recuerdo como un sueño, que nos dedicábamos juntos a pastorear chivas. Mi abuelo y el padre de Esteban tenían cada uno no más de dos docenas de animales. Mi amigo y yo éramos inseparables, como si fuéramos gemelos. Teníamos 10 años, cuando anduvimos de pastores. Aunque no teníamos la misma sangre nos conocían como los hermanitos Esteban y Felipe. Pasamos muchas horas pastoreando y cuidando los rebaños de un peligro que desconocíamos.

Para ser honesto, nunca hubo un día de peligro cuando pasteábamos las cabras en el monte. Creo que ni coyote había en esas tierras que mi abuelo cuidaba al patrón, don Julián. Este era un hombre pudiente, propietario de varias haciendas en Tamaulipas. Mientras que Esteban y yo debíamos estar vigilando al ganado, que no fuera atacado por coyotes o perturbado por cualquier otro peligro, gastábamos nuestro tiempo jugando a la baraja, subiéndonos arriba de los árboles más grandes de mezquite o inventando otro juego para divertirnos.

Nos retábamos para ver quién escalaba la parte más alta del árbol y recogía el mayor número de vainas de mezquite. Competíamos en carreras para conocer quién era el más rápido de los dos. La verdad es que éramos iguales de livianos, venciendo en algunas pugnas él y en otras yo. Esos días de mi infancia son los mejores recuerdos que tengo de completa felicidad. Pero con el paso del tiempo las circunstancias cambiaron para nosotros dos.

Al llegar a los 12 años, nuestros padres nos empezaron a exigir a que fuéramos a la escuela diariamente. A Esteban le encantaba ir a la escuela mientras que a mí no me apasionaba mucho. Los profesores nos advertían, que sino estudiábamos terminaríamos trabajando en las parcelas como unos burros - iguales de cerrados y testarudos como esos animales. El abuelo me explicaba que, si aprendía a leer y a escribir tal vez su patrón, don Julián, me daría trabajo como administrador en uno de sus enormes ranchos.

Ese era como un sueño que me agradaba mucho, que podía volverse realidad. Cuando le conté a mi amigo Esteban lo que me había dicho mi abuelo, él se esmeró en la escuela sacando mejores calificaciones. Muy pronto llegó a ser el mejor alumno de toda la escuela, por lo que, al término del año escolar, don Julián lo premió con un centenario de oro puro por sus buenas

calificaciones. Me sentía orgulloso de mi amigo. Pronto acepté que Esteban era muy inteligente, tocante a los asuntos de la escuela.

Cuando llegamos a los 16 años de edad, don Julián nos pagó a Esteban y a mí la colegiatura en una escuela privada católica. Esta se encontraba al fondo de un cerro, donde también iban a estudiar unas muchachas muy inteligentes. Ahí fue donde conocimos a Ángela, una joven de belleza extraordinaria, que jamás habíamos visto en nuestra corta existencia. Aunque las otras muchachas eran bastante guapas, el atractivo de Ángela era impresionante. Su tez blanca y sus ojos verdes combinaban en una indescriptible perfección.

En un principio no le comenté nada a Esteban. Quedé completamente impresionado con Ángela, sintiéndome enamorado inmediatamente de ella, pues no había manera de evitarlo. Su mirada y su sonrisa eran perfectas. Su manera de ser era muy agradable. No había pasado ni el mes, cuando ella se había apoderado de mi mente, causando que pensara en ella todo el día.

A pesar de que estaba completamente embelesado por su belleza, me mostré tranquilo. Ángela tenía un trato muy accesible con todo el mundo, pero no me animaba a platicar mucho con ella. Al contrario, Esteban conversaba cómodamente con ella. Después de unos meses, decidí contarle a mi mejor amigo, que me gustaba mucho Ángela. Pensaba decirle a Esteban que le quería regalar a ella en Navidad un collar o una pulsera para demostrarle mi amistad. Sabía que él me entendería, por lo que una noche que nos encontrábamos en la orilla del río se me ocurrió preguntarle sobre ella. Pero su respuesta me sorprendió mucho.

—¿Qué piensas tú de Ángela? —traté de averiguar.

—Felipe, ¿por qué me preguntas eso?

—No tengo una razón específica, pero he notado que ustedes son buenos amigos. Solo quería saber que opinabas sobre ella.

—Parece que me telepateaste.

—¡Ah chihuahua! ¿Por qué dices eso?

—Fíjate que yo quería platicar contigo sobre mi relación con Ángela.

—Pero Esteban, ¿qué quieres decir con una relación? Si solamente son amigos, ¿o no?

—Sí, pero la quiero mucho y no sé qué hacer. Tú sabes que nunca me he enamorado de ninguna muchacha. Ahora ha llegado Ángela a mi vida.

Cuando dijo esas palabras sentí como si el mundo me diera vueltas. ¿Cómo era posible que mi mejor amigo de la infancia estuviese enamorado de la misma joven, que tanto me atraía? Esteban era como un hermano para mí, por lo que elegí guardar mi secreto. Pues no podía decirle que yo también amaba a Ángela. Opté por ofrecerle la oportunidad a mi amigo para que conquistara a esa muchacha que ambos queríamos.

—Mira Esteban, si quieres conquistarla necesitas hallar la manera que te estime y se enamore de ti — se lo dije serenamente.

—Pero ¿tú crees que se fije en mí? Sí sabes Felipe que, ella es inconquistable. Para mí es como un ángel que bajó del cielo. No me va a poner cuidado.

—Si la ves como un ángel, entonces vas a tener que comportarte como el Diablo para ganarte su corazón.

—Claro que sí, pero ¿qué hago? ¿Qué debo hacer para que ella me note y me considere más que un amigo?

—Creo que lo más obvio para que la enamores es que le lleves una serenata, donde tú cantes.

Esteban al escuchar esto casi se desvaneció. Me miró con incredulidad, pensando que estaba bromeando.

—Pero, yo no sé cantar. Ella va a reírse de mí y me dará una bofetada. Tal vez se voltee para darme la espalda, para jamás volverme a hablar.

—Pues entonces quieres decir que, si cantas feo, ella no estará interesada en ti.

—Oyes amigo, no me animes tanto.

Me dio tanta risa por la expresión que mostraba.

—Ja, ja, ja, no te preocupes por nada. Ángela no es así, además que una serenata es algo tradicional. Ella va a comprender lo que tratas de hacer y porque lo haces.

Al contarle ésto, Esteban se relajó un poco.

—Quizás tienes razón, las serenatas son tradicionales. Además, Ángela es muy linda y no creo que me deje con mis palabras en la boca. Voy a llevarle una serenata para declararle mi amor.

Este episodio en nuestras vidas cambió nuestra relación con Ángela. Después de nuestra conversación, ella de ser solamente una amiga pasó a ser el centro de nuestra atención.

Durante el mes que siguió, anduve con Esteban en la tarea de encontrar unos buenos músicos, que nos acompañaran en la serenata que le planeaba dar a Ángela. Pero el esfuerzo no rindió frutos.

A veces, me preguntaba sobre lo que andaba haciendo. En realidad, yo estaba totalmente enamorado de Ángela y no sé por qué le ayudaba a Esteban a que encontrara la manera de ganarse su amor. Así como yo veneraba a Ángela, también admiraba y respetaba a Esteban como un hermano. Necesitaba saber si ella iba a aceptar o rechazar el amor que le profesaba Esteban. Solo si lo rechazaba, yo tendría una oportunidad de conquistarla. Decidí mantenerme silencio hasta ver los resultados de la serenata.

Había pasado el mes, cuando Esteban me informó de haber encontrado a los músicos que lo acompañarían en su serenata. Ellos formaban un trío que tocaban en las cantinas de Ciudad Victoria. Esteban comentó que los filarmónicos no querían venir a nuestro ranchito a tocar, debido a que era insuficiente el dinero que les ofrecía para cubrir sus honorarios, el viaje y el acarreo de sus instrumentos. Fue entonces que, Esteban les ofreció el centenario de oro que don Julián le había regalado hacía varios años antes, por sus buenas calificaciones en la escuela. Los músicos se animaron, llegando a un acuerdo con la fecha en que darían la serenata a Ángela.

Escogieron el sábado de graduación en la placita del ranchito. En ese día se celebraba la ceremonia donde se presentaban calificaciones, reconocimientos y medallas por los logros de los estudiantes durante el año escolar.

El acto salió a la perfección así que, al tiempo de despedirse la concurrencia, el trío empezó a tocar. Los músicos, mientras cantaban y rasgaban sus guitarras, caminaron hacia donde estaban las muchachas. En ese momento se acercó Esteban a entonarle su canción a Ángela. La joven quedó desconcertada, pero no supimos si era porque la canción estaba dirigida a ella o porque el intérprete cantaba pavorosamente desentonado.

Esteban emitía una voz ronca como el croar de un sapo. Pero a él no le importó como se escuchaba y continuó hasta que terminó su canción. Todos los presentes permanecieron en silencio, esperando la reacción de Ángela. Como era una muchacha muy noble se acercó a Esteban, para darle un abrazo y agradecerle por su canción. En el momento que ella empezó a aplaudir, la concurrencia la imitó. Pienso, que Esteban se sintió como el rey del mundo, al ver que a Ángela le había agradado y reconocido su canción delante de todos. Así fue como Esteban se ganó el afecto de Ángela. Si bien la interpretación de la melodía no fue nada perfecta, el resultado fue suficientemente efectivo para que Ángela se diera cuenta sobre el interés de Esteban hacia ella. Él estaba fascinado en comenzar una amistad romántica.

No me quedó más remedio que aceptar que había perdido la oportunidad de intimar con Ángela. Me vi forzado a olvidar todas mis pretensiones y esperanzas de salir algún día con ella. Era obvio, que ella estaba también interesada en llegar a conocer a Esteban y quizás llegar a ser su novia. Tenía solamente dieciséis años y ya me sentía bastante acabado. Me preguntaba, ¿qué iba a pasar con el resto de mi vida? Aunque no quería aceptarlo, sabía que tenía que relegarla de mi memoria y deseárselos lo mejor a los dos. Sin contarle a nadie sobre mis sentimientos, pretendí que todo estuviese bien para mí. Opté por apoyarlos, pues deseaba que fueran felices.

Durante las vacaciones de verano de la escuela, Esteban y Ángela hacían arreglos para verse en la orilla del río que pasaba cerca de nuestro ranchito. Como los tres éramos buenos amigos, ellos me invitaban para charlar sobre los eventos que ocurrían en la política del día o en nuestras vidas. Eran tiempos muy inocentes, con días bastante agradables. Pasábamos los días recorriendo lugares que nos gustaban, especialmente por donde habíamos pasteado las chivas durante nuestra infancia. Ángela le gustaba escuchar nuestras historias y comentaba que éramos más que hermanos. La verdad es que sí fuimos más que hermanos. En aquel entonces no conocíamos lo cruel que podía ser la vida, era una lección que pronto aprenderíamos bastante bien.

Un sábado del mes de julio de 1916, Esteban y Ángela paseaban por la placita del ranchito donde vivíamos, cuando apareció una tropa conformada por 50 soldados federales. La partida de militares buscaba información sobre la gavilla rebelde de Pancho Villa. Se sorprendieron cuando vieron que Esteban no era parte de las fuerzas armadas, por lo que fue interrogado por el capitán de la tropa.

—Oiga joven, ¿por qué usted no está en el ejército? ¿Acaso usted es uno de los traidores?

Esteban quedó sorprendido por la pregunta, a la que respondió simplemente con la verdad.

—Aquí en nuestro ranchito nadie se entromete con nosotros y nosotros no nos metemos con nadie. En realidad, su grupo militar es el primero que visita este lugar.

El capitán se sorprendió al escuchar estas palabras.

—La revolución ya tiene más de cinco años que inició y me dices que nadie ha llegado hasta acá. Seguramente estás bromeando. Si me estás engañando, te juro que te fusilo.

Esteban no se rajó y prosiguió diciendo sobre cómo era la vida en nuestro ranchito.

—Fusíleme si así lo cree pertinente, pero yo no tengo razón para mentirle. Le juro señor que nadie ha llegado hasta aquí, ya sea de los revolucionarios o de los federales. El ranchito es tan apacible, como si el mundo se hubiese olvidado de nosotros.

En la forma sincera como respondió Esteban, impresionó al capitán. Esta fue la razón por lo que desistió de llevárselo a buscar a los revolucionarios, pues pensaba que merodeaban en las inmediaciones del ranchito.

—Mira muchacho, te sugiero que no se alcen en armas en contra del gobierno, pues le va a pesar. Si me llego a enterar que te juntas con los revoltosos, voy a venir por tu novia para entregársela a la tropa.

Esteban observó como el comentario del capitán asustó a Ángela.

—Quizás usted me vea como un muchachito, pero le aseguro que el que toque a esta joven lo tendré que matar—le contestó al capitán—. Ella es mi novia y pienso en que algún día llegue a ser mi esposa. Si usted tiene a alguien a quien ama, debe entender de esas cosas.

En ese momento arribó don Julián, el propietario de las tierras. Él le reafirmó al capitán lo que había dicho el muchacho sobre los revolucionarios. El capitán ya no quiso escuchar ni discutir sobre ese tema, por lo que ordenó a su tropa a que se retirara del lugar.

Después que se fueron los soldados, Ángela se arrimó a Esteban para besarlo lentamente en los labios. Aparentemente por lo que había dicho y hecho Esteban, ella estaba bastante impresionada y no pudo resistirse a las ganas de darle un beso, algo que jamás había hecho. Él se sintió como un rey en ese momento. Quien lo culpaba, la mujer más bella del mundo le había dado un beso enfrente de todo el pueblo. Esteban era un joven muy afortunado.

De pronto durante los días siguientes, nuestras vidas en el rancho cambiarían drásticamente. Unos días después de la visita de los soldados, una banda de rebeldes revolucionarios apareció en nuestra comunidad rural. Según su cabecilla, el sargento Belmares, la tropa de federales que había pasado unos días antes había atacado un rancho en las inmediaciones de Ciudad Mante. Ahí habían fusilado a 25 jóvenes que se habían opuesto a unírseles, para ir a pelear con ellos en la frontera. El mismo capitán con quien Esteban había discutido, había ordenado la masacre.

Estas noticias provocaron a Esteban, quien sumamente enojado, juró vengar la muerte de los jóvenes de los ranchos inmediatos a Mante. Esteban se encontraba tan furioso con aquel capitán de los federales, quién había amenazado con tocar a su Ángela. Solamente al pensar en eso, le dio tanta rabia que se acercó al sargento Belmares y le pidió permiso para unirse a su grupo de revolucionarios.

—Sargento Belmares, si me permite hablar con usted. Le pido autorización para unirme con ustedes. Quiero ir a pelear en contra de los federales.

Más tarde, cuando Ángela escuchó lo que había dicho Esteban, casi se desvanece.

—Pero ¿cómo que te vas a ir con ellos? ¿Qué sabes tú de guerra? Eres demasiado joven mi amor, te pueden matar. ¿Qué haría sin ti? ¿Qué haré si no regresas?

—Mira Ángela, sabes que te amo más que a nadie en el mundo —Esteban tomó las manos de Ángela en las suyas y le contestó—. No puedo quedarme

escondido aquí en el rancho, mientras los federales matan cobardemente a otros campesinos, abusando de nuestra gente. La nación necesita de personas que estén dispuestas a dar la vida por la libertad del pueblo. Si los federales ganan la guerra, ¿qué futuro le vamos a dar a nuestros hijos? Tengo que ir mi amor. No me pidas que me quede. No podría vivir en paz, por no haber hecho nada para evitar que ganaran la guerra los federales. Perdóname, mi amor, pero tengo que seguir a la tropa del sargento Belmares.

—Entonces, ¿no hay nada que pueda decir o hacer para convencerte que te quedes?

—No, nada puedes hacer. Me tengo que ir y eso es todo.

—¿Qué quieres que haga mientras tú no estás?

—Da tiempo a que regrese, Ángela. Júrame que me esperaras y que no te marcharás con otro hombre. Yo te prometo regresar para casarme contigo. Bueno, eso si tú quieres ser mi esposa.

—Por supuesto mi amor que quiero ser tu esposa. Prometo esperarte hasta el fin del tiempo, si me lo pides. Te amo y cumpliré mi palabra.

Esteban se tranquilizó al escuchar esas palabras. Luego sin consultarme para que lo acompañara, solamente me miró.

—¡Vámonos! La revolución no espera a nadie—me dijo Esteban.

No tuve más remedio que seguir a mi hermano del alma. Muy pronto ambos nos encontramos cabalgando a un lado del sargento Belmares, buscando a las tropas federales. Mientras marchábamos, mi cabeza se llenó de preguntas. La pregunta que más me intrigaba era, ¿por qué abandonaría Esteban a Ángela así? ¿Sería que Esteban profesaba un gran patriotismo?

Aparentemente así era, porque de repente estábamos lejos de nuestro ranchito. Íbamos armados con rifles que jamás habíamos disparado, ni siquiera los habíamos visto en las prácticas. Pronto llegamos a saber que, nuestra tropa estaba conformada de voluntarios, así como nosotros. Aunque teníamos dieciséis años, no éramos los más jóvenes de la tropa. Había un joven que se llamaba Luis. Él tenía solamente trece y ya había participado en varias batallas. Lo que se me hizo raro de él, era que le gustaba pelear. Él decía eso y se me hacía muy extraordinario de verdad.

Algunos voluntarios eran de mucha más edad, como don Pánfilo, quien era el abuelo de Luis. Ya tendría unos 75 años de edad. Él había vivido toda su existencia bajo la tiranía de Porfirio Díaz. Platicó, que unos veinte años antes, le había matado a uno de sus hijos un hacendado, protegido por militares del gobierno. Su hijo se había enamorado de una mujer que también deseaba el potentado. Ella prefirió al joven, rechazando al dueño de la hacienda. Un día que trabajaba el muchacho en la hacienda, el potentado lo acusó de robar unos elotes. Del coraje que le tenía, utilizó su rifle para matarlo de dos

balazos. Como si no fuera todo, los soldados se burlaron, diciendo que el muchacho se merecía la muerte, por no haberse largado de la hacienda cuando se lo pidió su patrón. Pánfilo pensaba vengarse matando a todos los federales posibles. Esa era la razón por la que, el nieto y el abuelo luchaban en contra de los federales.

La primera semana con los revolucionarios fue bastante tranquila. Durante el tercer día, el sargento Belmares nos consiguió caballos, unos animales bastante flacos. Pero cabalgar era mejor que andar a pie.

Nuestra primera experiencia de combate ocurrió en un intento por tomar la plaza de Matamoros. Ahí, nos topamos con aquel capitán que había amenazado con abusar de Ángela. Descansaba en las orillas del río Bravo, cuando lo sorprendimos, matándole e hiriendo a la mitad de su tropa. El capitán era muy hábil con su pistola y logró matar a siete de los nuestros.

Cuando lo vio, Esteban se le fue encima como un perro rabioso. El capitán le apuntó para dispararle, pero Esteban no le dio tiempo de nada y pronto estaba encima de él. Con un verduguillo largo que le había regalado don Pánfilo, Esteban apuñaló al capitán en el cuello sangrando en abundancia. Antes de morir, el capitán reconoció a Esteban.

—¿No que no estabas con los rebeldes? —le preguntó.

—No le mentí capitán, pero cuando amenazó a mi novia se convirtió en mi enemigo. Tal vez si se hubiera comportado como el caballero que supuestamente debía ser, quizás me hubiese unido a su tropa y no anduviera en contra del gobierno—Esteban le contestó.

Al ver al capitán muerto, los soldados huyeron entre el monte. El sargento Belmares ordenó que juntáramos los cuerpos del enemigo para quemarlos. Les dimos sepultura a nuestros soldados que murieron en batalla. Nuestros heridos fueron trasladados a un hospital en Matamoros.

Nuestra primera batalla nos dejó un poco impactados, pero no lo suficiente para impedir que continuáramos peleando. Todo lo contrario, tenía ganas de matar a esos cobardes que habían abusado de muchos campesinos. Conversé con Esteban sobre la experiencia que habíamos pasado y sobre si quería regresar a nuestro ranchito, a ver a Ángela. Especialmente ahora que se había vengado del hombre que los había amenazado. Me manifestó que se quería quedar, porque había muchos hombres como ese perverso capitán maldito.

Participamos en otras batallas en ese año, adquiriendo mucha experiencia en el arte de la guerra, mucho más de lo que hubiésemos imaginado. Eventos que me hacen pensar como la guerra cambia las almas de los hombres.

Cuando empezamos éramos tan solo unos niños y en dos años nos convertimos en hombres sanguinarios que no teníamos escrúpulos para nada, ni para nadie. Tres años después andábamos en las inmediaciones de Parral,

Chihuahua, donde conocimos al general Pancho Villa. Después, él pidió soldados para una gran batalla que se estaba planeando cerca de Juárez, con más de nueve mil hombres. El sargento Belmares insistió al general Villa para que nos mandara al frente de la avanzada. Quería mostrarle que tan buenos éramos en la lucha cuerpo a cuerpo contra las tropas enemigas. Villa le concedió su petición y cuando llegó el tiempo de la batalla nos encontrábamos ante una columna de casi dieciséis mil soldados entre carrancistas y americanos que defendían esa frontera.

La batalla fue bastante intensa. Los enemigos contaban con una artillería potente y efectiva, que jamás habíamos visto en el campo de batalla. En los primeros disparos, los proyectiles volaron en pedazos a hombres y a caballos. Fue la primera vez que sentía miedo. El aire estaba saturado con los estruendos de las detonaciones de los cañones, la metralla y los gritos de agonía. Al pasar las horas, en cada minuto morían más hombres.

Para cuando las tropas enemigas avanzaron sobre nuestro grupo, ya no contaba con municiones. Utilizaba mi rifle para golpearlos y tumbarlos como se acercaban hacia mí. La adrenalina y el miedo me mantuvieron peleando, derribando cerca de cincuenta soldados enemigos. Llegó un momento que no supe si peleaba contra enemigos o amigos, solo pensaba en sobrevivir.

Por un instante, llegué a ver la muerte muy cerca de mí, mientras peleaba con una rabia enajenada. De pronto me di cuenta de que, estaba solo rodeado de cientos o tal vez miles de los cadáveres de excombatientes. Al levantar la vista, observé a un grupo de caballería de más de cien que se acercaba disparando hacia donde yo estaba parado. Casi estaban sobre mí, cuando tembló la tierra y se escuchó un ruido ensordecedor. Volé en el aire junto con varios de los jinetes. Después de la explosión, uno de los caballos me cayó encima, causando que me desmayara.

Desperté a los cinco días, ya me tenían preso los federales. En el campo de prisioneros también estaban Don Pánfilo y su nieto, Luis. Ellos no estaban heridos físicamente, pero si estaban gravemente lastimados en su orgullo. Al segundo día de estar cautivos, el joven Luis trató de escaparse, dándole con un palo de encino a uno de los guardias, que casi lo mata. Cuando de nuevo lo lograron aprehender, el general enfurecido ordeno que lo colgaran.

Don Pánfilo le pidió al general que perdonara al joven y que lo colgaran a él en su lugar. El general hizo caso omiso, anunciando que el joven sería colgado para dar un ejemplo a otras personas que intentaran acometer en contra de un soldado federal. Muy temprano en la mañana del siguiente día, los federales colgaron al muchacho. Don Pánfilo fue a suplicarle al general para bajar el cuerpo inerte del muchacho que todavía se balanceaba.

Fue entonces que, el general le preguntó al anciano sobre las razones por las que se habían levantado en armas en contra del gobierno. Don Pánfilo respondió que él estaba en una edad muy avanzada para trabajar como jornalero en las labores del campo, por lo que decidió unirse a la bola con el deseo que lo mataran. Su nieto como no contaba con un padre, se le pegó en la lucha. No le quedó otra opción, nada más que cuidar al muchacho mientras combatían. Trataba también de obtener suficiente dinero, para enviárselo a la madre del que acababan de colgar.

Al escuchar la explicación del ancianito, el general le dio permiso para bajar el cuerpo del muchacho. Ese día acababan de pagarles a las tropas federales, por lo que el jefe dio órdenes para que todos los soldados le donaran una moneda de oro al señor. Esto era con el objetivo que se regresara a su casa y que jamás volviera a pelear otra vez.

Las órdenes del general fueron escuchadas por todos los soldados, los cuáles desfilaron en una larga fila, pasando cerca de donde estaba don Pánfilo con el cadáver de su nieto en sus brazos. Ahí al pasar, cada uno le lanzaba una moneda de oro. Cuando me acerqué, el viejo estaba sentado en la orilla del camino abrazando el cuerpo del joven con un montón de monedas esparcidas en el suelo, mientras que los soldados seguían pasando. Levanté la mirada, para observar cuantos soldados faltaban por pasar, pero el final no se distinguía. Siguieron pasando hombres todo el día junto al abuelo. Esa fue la última vez que lo vi.

Una semana más tarde nos cambiaron a un campamento más grande en donde me topé a Esteban, quién también estaba preso. En el momento que nos encontramos, me dijo que ya tenía planes para escaparse. Me comentó que uno de los guardias federales se dormía cuando debía estar vigilando a los presos. Me indicó que otra persona llamada Pedro, quería también escaparse con él. Me encantó su idea, ya que no soportaba estar encerrado en ese lugar.

A la segunda noche de nuestro encuentro, nos escapamos cuando el guardia estaba durmiendo como lo había planeado Esteban, pero cuando ya íbamos de salida Pedro se detuvo a apuñalar al guardia. Éste alcanzó a disparar su fusil antes de morir, por lo que rápidamente tuvimos que huir en la obscuridad rumbo a la sierra. Corrimos toda la noche sin parar, mientras nos perseguían diferentes patrullas enemigas. Al aclarar el día, nos paramos a comer papaya y dátiles de una palma que vimos, cuando pasamos por un cerro alto cubierto de vegetación, aunque todavía nos perseguían los soldados.

Anduvimos todo el día, mientras que los soldados venían acercándose más y más, pero no estaban totalmente seguros en donde nos encontrábamos. Antes de que bajara el sol del segundo día de nuestra fuga, Pedro atrapó un conejo. Por no tener con que preparar una fogata, le dio una mordida y así

intentó comérselo. Embarró toda su ropa con la sangre de aquel animal, pero no le importó. Momentos después escuchamos los gritos de los soldados que nos perseguían. No había tiempo que perder, por lo que al llegar la noche seguimos nuestra marcha hasta que no pudimos caminar más.

Recuerdo que estaba tan cansado, que me recargué contra un árbol cercano al punto más alto del cerro, donde me quedé profundamente dormido. No supe donde habían quedado Esteban y Pedro, solo sabía que los tres estábamos exhaustos. No sé qué estaba soñando, cuando de repente desperté de mi profundo letargo, escuchando gritos de terror de un hombre en agonía.

—¡Felipe! ¿Dónde te encuentras Felipe? —escuché la voz de Esteban gritando mi nombre.

—Aquí estoy. ¿Qué sucede?

Se escuchaban los gritos de Pedro y el ruido de un gran animal, como un jaguar, que lo arrastraba entre el cerro.

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame! —gritaba Pedro.

Era tan negra la noche que no podía ver nada, mientras que la bestia lo introducía más y más lejos dentro de la obscuridad. Después de unos diez minutos, los gritos se fueron apagando como el animal halaba a Pedro hacia lo más recóndito del bosque. Esteban y yo nos pusimos de pie y empezamos a correr hasta el amanecer. Seguros de que ya no nos seguían los soldados, caminamos en silencio.

—Fue la sangre del conejo —rompió el silencio Esteban.

—¿De qué hablas?

—Fue el olor a la sangre del conejo, que incitó al animal para acercarse y atacar a Pedro.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué otra razón puede ser? Tenía la ropa empapada con la sangre del conejo que mató y fue por lo que se acercó el jaguar.

—Quizás tienes razón. Pero nunca estaremos seguros.

—Yo si estoy seguro —afirmó Esteban—. Fue la sangre del conejo.

Me sentía tan cansado que no quería discutir, por lo que decidí no decir nada. Por seis semanas caminamos hasta arribar en Matamoros. Después de tres años de guerra, las batallas aminoraron con el tiempo. La revolución armada estaba a punto de terminar, solo faltaba la fecha oficial de su final. Tenía bastantes ganas de regresar a nuestro ranchito y pensaba que Esteban también se estaría muriendo por regresar. Pero estaba muy equivocado.

Nos echábamos unos tragos en un puestecito en Matamoros, cuando le comenté mis planes a Esteban.

—La primera cosa que voy a hacer cuando regrese a casa, es darle un abrazo a mi mamacita —le mencioné a Esteban—. Decirle cuánto la amo y todo lo que la he extrañado. Tú Esteban, ¿qué vas a hacer cuando regresemos?

—No regresaré a casa todavía.

—¿Pero por qué no? La guerra está a punto de terminar. ¿Qué le buscas? Vámonos para la casa. Te espera Ángela, es más, te aguarda para casarse contigo.

—Por eso, no puedo ir. Ella todavía es una niña y nosotros somos hombres formados por la guerra. Hemos visto mucho más de lo que ella pueda comprender.

—¿Y eso que tiene que ver? Ella te quiere y te espera. ¡Vámonos!

—¡Vete tú! Necesito recuperarme por un tiempo más. Quiero ver el mundo, antes de volver. Bueno, eso es si decido regresar.

—No hables así Esteban. Dices puras tonterías.

—No hablo tonterías amigo. Déjame aquí y vete si gustas.

—Pero... Ángela te espera.

—¿Y cómo sabes eso? ¿Acaso has estado en casa, para que me lo puedas asegurar? ¿Qué tal si ya se encontró a otro? Me muero si pasó eso. Me da mucho miedo volver, la inseguridad me mata. Ve y dile que pronto regresaré. Dile que no sabes cuándo iré, pero ahí estaré.

Cuando le quise decir que Ángela era una mujer de palabra, Esteban se puso de pie de donde estábamos platicando y tomó rumbo a la calle.

Al día siguiente regresé a la casa, era el 1º de Julio de 1920. Mis padres se pusieron muy contentos cuando me vieron llegar a su hogar. Mi madre me dijo que encendía velas en la iglesia cada domingo, pidiéndole a Dios que me cuidara.

Había pasado una semana de mi arribo a la comunidad y todavía no sabía nada de Ángela. Aunque me enteré de que también ella prendía una vela para que Esteban estuviera a salvo. El domingo en la tarde decidí quedarme en la placita por si acaso ella aparecía, como así sucedió. Tomaba una bebida, cuando no sé de donde surgió. Al verme se acercó y su inverosímil belleza me causó un gran dolor en el alma, al recordar que su corazón solo le pertenecía a mi mejor amigo Esteban.

Me abrazó y me dijo que estaba muy contenta de verme, porque había regresado con bien. Cuando ella me preguntó sobre el regreso de Esteban, le dije que no sabía. Le mencioné que se había quedado en Matamoros, arreglando unos asuntos pendientes con el ejército, pero que pronto regresaría.

—¿Qué sabes de Esteban? —ella me preguntó.

—Está bien, él me mencionó que pronto iba a estar de regreso.

—Pero, no entiendo. ¿Por qué no se vino contigo? Si los dos estaban juntos.

—Tenía algunos asuntos que resolver antes de regresar. Te aseguro que te quiere y no te ha olvidado para nada.

Al oír esto, Ángela sonrió. Platicamos de otras cosas: sobre sus estudios, la iglesia del ranchito y de nuestras familias. Me contó como los revolucionarios trataron de llevarse a don Julián, debido a que era el dueño de la gran hacienda, pero el pueblo no se los permitió. Lo defendieron, argumentándole a las tropas revolucionarias, que él era el mejor hacendado que podía tener México, pues nunca había maltratado a nadie y siempre había apoyado a los campesinos. Al final nada malo le sucedió a don Julián.

Pronto empecé a trabajar en las tierras, que don Julián que le había regalado a mi padre, por haber sido su trabajador más apegado y fiel que le había servido. Eran cien hectáreas, las cuáles mi padre las había trabajado por más de diez años.

Habían pasado casi tres meses de mi primera charla con Ángela, cuando me comentó sobre su prima Victoria, la cual había llegado de visita al ranchito. Me preguntó, que si la quería conocer. Debido a que todavía guardaba sentimiento por ella, le agradecí y le negué su ofrecimiento, diciendo que no tenía tiempo para salir. Argumenté que, la siembra estaba lista para levantarse y que el trabajo no me dejaba ningún tiempo libre.

Ángela me aseveró que Victoria me iba a encantar, me mencionó que era igualita a ella. Pues siempre las confundían como hermanas. No le creí que hubiese otra muchacha tan bella como ella. Le afirmé que solamente me alcanzaba el tiempo para cumplir el urgente trabajo que había en las tierras de mi padre.

En noviembre, Ángela me preguntó por Esteban y no supe que responderle. Improvisé que Esteban seguramente regresaría para la Navidad, pues siempre mencionaba como le agradaba pasar la Nochebuena en nuestro ranchito. Ángela se sonrió cuando le dije eso y recordó aquellos tiempos felices que habíamos pasado como estudiantes, cuando Esteban le regaló una rosa como prueba de amistad. Eso había pasado un mes antes de que le llevara la serenata. Me contó que todavía tenía esa rosa guardada en un cajoncito en su casa. Cuando hablábamos de Esteban, Ángela se ponía feliz, mientras me preguntaba sobre lo qué andaría haciendo mi amigo tan lejos y sin saber nada de él.

Llegó y pasó la Navidad y no sabíamos nada de Esteban. Vino la primavera y el tiempo de siembra, me ocupé trabajando por muchas horas en las tierras de mi padre. El maíz se daba en abundancia y nos fue bastante bien. También sembramos frijol, el cual se dio en grandes cantidades. Por lo que regalamos

una parte de la cosecha a la Iglesia, la cual lo regaló a los vecinos más necesitados.

En julio, ya se había cumplido el año de mi regreso de la guerra y todavía no había noticias de Esteban. Su mamá me preguntó, si yo callaba u ocultaba algo sobre mi amigo. Necesitaba saber por qué yo regresé bien, mientras que ni siquiera él había enviado una nota de saludos o sobre su estado de salud. Un día, la madre de Esteban me fue a visitar a la labor, deteniéndose debajo de un mezquite me gritó.

—¡Felipe! ¡Felipe! ¡Ven acá!

Paré mi trabajo y me acerqué.

—Dígame señora, buenas tardes.

—Felipe, necesito saber que le ha pasado a miijo. ¿Por qué no ha regresado? Tú ya tienes más de un año que regresaste de la guerra y mi Esteban ni siquiera manda palabra para decirnos que está bien. Dime Felipe, ¿qué le pasó a miijo?

—No sé por qué no ha regresado. El día que regrese para la casa, le dije que me acompañara, pero me respondió que él no estaba listo para regresar.

—Pero ¿por qué? ¿Acaso estaba disgustado con Ángela? ¿Se dio cuenta de que ella le fuera infiel o algo así? Dime lo que sabes, te lo suplico. ¿Por qué no quiere regresar?

—No señora, no es nada así. Ángela es una buena muchacha y nunca le haría algo así. Esteban simplemente me dijo que no estaba listo para regresar. Me contó que la guerra lo había cambiado mucho, parecía que necesitaba más tiempo para dominar a los demonios. Esos que se posesionan del alma de los hombres que van a esas guerras insensibles y trágicas. Ahí uno ve mucha sangre, muerte de inocentes, injusticia y la cara de la maldad. Alguien desde afuera no se lo puede imaginar. Esteban me aseguró que regresaría tan pronto como se sintiera mejor.

—Y, ¿cuándo será eso?

—Solo Dios sabe, señora. Solo Dios sabe.

Sin decir palabra, la señora se dio la media vuelta y se retiró caminando para su casa, con una profunda tristeza. Jamás volvió a preguntarme por su hijo Esteban.

El tiempo siguió corriendo. Era nuevamente Navidad, cuando Ángela y yo nos encontrábamos solos platicando en la placita de muchas vicisitudes. Quedé sorprendido que no mencionara Esteban para nada. Después de dos horas de charla, me vi obligado a preguntarle sobre lo que pensaba de Esteban, ya que no aludía a su nombre.

—Oye Ángela, si no regresa Esteban. ¿Qué vas a hacer?

—Tiene que regresar —me miró calmadamente al contestar.

—Pero, que si no regresa. ¿Qué vas a hacer?

—Tiene que regresar —con lágrimas deslizándose en su carita de ángel, levantó su mirada para repetírmelo.

Después se fue caminando en silencio hacia su casa, en las orillas de nuestro ranchito.

La revolución causó muchos cambios a nivel nacional, pero en nuestro rincón del mundo poco se notó. Establecieron ejidos para los campesinos y promovieron el derecho al voto de sus representantes. Las cosas cambiaron lentamente, mientras que en ciertas partes seguía la violencia. Mataron a don Emiliano Zapata y pocos años después a mi general Villa. Los cobardes en los puestos más altos del gobierno regresaron con su corrupción. La revolución simplemente cambió a un grupo de ratones por otro. Pero así es la vida.

Cinco años después de la guerra nada había cambiado, con la excepción de que Ángela se había involucrado más con la Iglesia. Se pasaba mucho más tiempo ayudando al cura con los compromisos de la parroquia. Diez años después del final de la revolución, Ángela estaba totalmente entregada a la Iglesia. Me sorprendí un domingo que fui a la Iglesia, pues ella vestía un hábito de religiosa. Había pasado un año sin hablar con ella. Al divisarme se acercó, para saludarme.

—Felipe, me da mucho gusto verte por aquí. ¿Cómo has estado?

Me sorprendí, pues nunca me imaginé verla vestida así. Estaba conmovido sin saber que decir. En la perplejidad de mi mente, ella se quedaría a servir a Dios mientras que yo ya no tendría la esperanza de que fuera mi esposa. Había pensado que si Esteban ya no la amaba, entonces tenía la opción de pedirle que se casara conmigo. Pero ¿cómo iba hacer eso? Si ella se había entregado a Dios.

—Ángela, ¿cuándo te convertiste en novicia? ¿Por qué no me dijiste nada de tus planes?

—Después de todo lo que ha pasado en mi vida, solamente en la Iglesia he encontrado la paz.

—¿Y, Esteban?

—Lo de Esteban y yo está en las manos de Dios. Solo Él dirá si regresa y vuelve a ponernos en un mismo camino.

Tenía mucho que decirle, pero guardé silencio. Comprendí que Ángela todavía guardaba fuertes sentimientos hacia Esteban. La felicité en su nueva misión de vida. Le di un abrazo y me fui a trabajar en mis tierras. Mi corazón ardía de dolor por ella. Me daban ganas de salirme del pueblo y jamás regresar. Pero mis padres me necesitaban y decidí quedarme, apegándome totalmente a mi trabajo.

Me puse a sembrar mis tierras y compré también mucho ganado. A través del tiempo, me apliqué a lo mismo año tras año. Como me fue bastante bien, pronto compré más tierra, incrementando mi fortuna cada vez más. Así me fue de bien, hasta que pasaron veinte años de haber terminado la guerra.

Ángela se había quedado en la Iglesia. Cuando tomaba algunas copas de licor, me acercaba a la Iglesia solamente para observarla y admirar su belleza. Nunca me vio cuando pasaba, creo que me hubiera muerto de vergüenza si me hubiese descubierto en mi estado de ebriedad.

En ese entonces, no sabía porque Dios me había dado tanto, sin poder encontrar la felicidad. No me faltaba nada en la vida, pues todo lo que necesitaba ya lo poseía. Bueno, tenía todo menos amor. Al pasar el tiempo creí que quizás el amor no era para mí. Un día fui a caminar por mis tierras, notando que una de las parcelas, de unas diez hectáreas, estaba lista para sembrar. Montado arriba de mi caballo observé a un hombre en la otra orilla de la milpa. Parecía como si anduviera ebrio, pues lo miraba que trastabillaba después de cada paso que daba. Me acerqué para averiguar lo que hacía el hombre en mis tierras.

—Oiga señor, ¿qué hace usted aquí? Creo que será mejor si sigue su camino, porque estas tierras son privadas y usted no tiene permiso de andar por aquí.

—Ando buscando a un señor Felipe, que creo vive por aquí —el hombre flaco levantó la cabeza para mirarme y contestar.

—¿Quién es usted y por qué lo busca?

—El señor Felipe es un amigo que aprecio como un hermano. Fuimos juntos a pelear a la revolución. Él se regresó a vivir aquí, mientras que yo perseguí otros derroteros lejos de esta región. Tengo muchas ganas de verlo.

Su voz y lo que dijo, me indicaron que este hombre era Esteban, llenándose mi corazón de felicidad. Descendí de mi caballo y corrí a abrazarlo.

—Esteban mi hermano, el hombre que buscas soy yo. ¡Yo soy Felipe!

—¿Eres tú, mi hermano? ¿De veras eres tú?

Me abrazó tan fuerte que creía que no me iba a soltar. Pero estaba bien, porque yo también no lo quería soltar. En ese momento me di cuenta cuánto me hacía falta mi hermano. Era como si hubiese regresado de la muerte.

—Esteban que bien, por fin has regresado. Nunca te hubiera reconocido allá afuera. Estás demasiado delgado.

—También no te hubiera reconocido, si te hubiera visto en otro lugar. Estás bien gordo.

Le di de mi comida que llevaba para mi almuerzo. Reímos y platicamos por horas.

—Veinte años Esteban. ¿Por qué esperaste veinte años?

—Deja platicarte lo que me sucedió. Después de la revolución, sabía que ya no era el mismo joven que se había ido a pelear. Sentía demasiada rabia, que hasta yo mismo me sorprendía de lo corajudo que me había convertido. Todo por esa maldita guerra. Cualquier detalle me hacía enojar. Aunque le había prometido a Ángela que regresaría por ella, comprendía que ella se merecía a alguien mucho mejor. Alguien, así como tú.

—Pero ¿cómo me puedes decir eso? Siempre has sabido que ella está enamorada de tí, y no de mí.

—Mira, un mes después de que regresaste a casa, casi mato a un señor en Matamoros, por lo cual me dieron cinco años de prisión. Cuando salí de allí, no permanecí más de un mes libre debido a que asesiné a dos hombres en una cantina, porque se burlaron de mí. Me dieron diez años de prisión por esos crímenes. Saliendo me fui a vivir en las calles de Reynosa, donde constantemente estaba en pleitos. Después de que ya mero moría a golpes en una pelea, un sacerdote me llevó a su Iglesia, donde permanecí durante los últimos cuatro años. Durante ese tiempo aprendí a perdonarme a mí mismo, por quién me había convertido. Pensaba mucho en mi hogar y mis padres... y en ti.

—¿No pensabas en Ángela?

—De veras que hice el intento para olvidarla, pero jamás pude. Nunca he dejado de pensar en ella. Pero después de tanto tiempo, creo que ya estará casada. Me gustaría verla una vez más para desearle felicidad en su nueva vida, pedirle perdón por no haber cumplido mi palabra. De verdad creo que se merece a un buen hombre, así como tú. Es más, no me sorprendería si te hubieses casado con ella.

—No Esteban, no. Estás bien equivocado. Ángela nunca se casó, es más, creo que todavía te sigue esperando. Se convirtió en novicia y la puedes encontrar en la Iglesia.

—Pero ¿cómo es posible que no se encuentre casada? Ella siempre ha sido la mujer más bella y noble de todo el mundo. No entiendo como no se casó con otro.

—Esteban, Ángela prometió esperarte hasta que regresaras y eso es lo que ha hecho. Nunca, pero nunca ha dejado de esperarte. Te ama mi amigo y te quiere solamente a ti. Aunque hubiesen pasado un millón de años, ella todavía te esperaría.

Los ojos de Esteban se llenaron de lágrimas.

—¡Comó fui tan bruto! ¿Por qué no regresé después de la guerra? Ángela me hubiese entendido y me hubiese curado de mi maldad.

—¿Crees que, si la voy a ver no me corra? —me preguntó al tiempo que levantaba su mirada.

—Mira, ¿por qué no vamos para la casa de tus padres? —le contesté con una sonrisa—. Para que te vean y luego te arregles bien. Después vamos a ver a Ángela.

Así sucedió. Visitó a sus padres, se arregló y lo llevé a ver a Ángela.

Ella se encontraba en la Iglesia con su indumentaria religiosa. Le llamé para decirle que la quería ver, para contarle algo importante. Ángela apareció en el jardín detrás de la Iglesia, ahí se encontró con Esteban. Habían pasado veinte años, desde su último encuentro.

—Hola, Ángel—murmuró Esteban.

Ángela no podía creer lo que estaba viendo. En frente de ella estaba el hombre que, ella siempre había amado.

—Hola, Esteban—ella le contestó.

Me retiré, dejándolos solos. Platicaron por horas, de no sé qué. Al siguiente día arribó Esteban a mi casa. Me pidió que si le podía ayudar a planear su boda con Ángela.

Por supuesto que le dije que sí. Se casaron el 16 de septiembre, los dos estaban bastante felices. No me van a creer, pero no me acuerdo mucho de los detalles de dicha boda.

Antes de que se casaran, mis emociones estaban extremadamente confusas. La mujer, que según yo amaba tanto, se casaba con mi mejor amigo. Pensaba que, al verlos casarse me iba a desmoronar. Pero Dios sabe lo que hace. Ahí en la boda, al fin conocí a la prima de Ángela. Era nada menos que Victoria, la joven que Ángela siempre me quiso presentar y a quién yo siempre evadía en conocerla. Victoria era igualmente bella como Ángela y también era una novicia. Me preguntó cuál era la razón por la que yo nunca la quise conocer. Casi me moría de vergüenza. Ángela siempre nos contaba por separado sobre uno del otro, tanto que parecía que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo.

Aunque ella también era novicia, me atreví a pedirle que saliera conmigo a charlar de vez en cuando en la placita. Ella me dijo que sí. Para no hacer la historia más larga, Victoria y yo nos casamos al año siguiente. Nosotros somos vecinos de Esteban y Ángela. Nuestros hijos son los mejores amigos de los hijos de Ángela y Esteban. Es curioso como las situaciones en la vida se desenmarañan solas, y no es como nosotros queremos, sino como Dios determina nuestro destino. Ahora si entiendo todo y vivo felizmente con mi verdadero amor.

Décimo aniversario de nuestro matrimonio (1947)

— *fin* —